

Crónica de un despertar

Merche Carneiro



Mi profundo agradecimiento a las personas que me dieron calor con su presencia y cariño, y muy especialmente a Loli Arozena, cuya generosidad le permitió olvidarse por unos momentos de sí misma para venir a abrazarme.

A finales de enero regresé a Rentería en un viaje relámpago, durante el cual apenas pude entreverla, no tanto por la fugacidad de la visita como por lo intenso de las horas vividas. Habían pasado casi nueve años desde la noche en que mi *aita*, mi gata Katta y yo nos subimos a un tren que nos trasladaría, si no lejos en el mapa, sí a años luz emocionalmente hablando. Había sido una ausencia demasiado larga para un regreso de tan corta duración. Los motivos que me impulsaron a volver no eran turísticos ni mucho menos. No obstante, por muy serios y urgentes que fueran, debí haberme tomado con más calma el asunto. Cuando se desandan este tipo de caminos, es de primero de palotes elaborarse un estado mental lo bastante neutro como para no dejarse arrastrar por la tormenta de emociones que suelen desatarse. Volver como una extraña, con los ojos adiestrados para la novedad y el espíritu astutamente distraído hubiera sido un elemental acto de prudencia. Pero yo no fui nada prudente. Ni por un momento se me ocurrió tirar por la borda la maldita nostalgia que durante años había venido deformando mis recuerdos. Incomprensiblemente, la maleta y poco más fueron todas mis prioridades a la hora de volver el camino atrás. ¿Por qué no le advertí a mi corazón que jamás se recupera lo perdido? ¿Qué me costaba recordar que las cosas que dejamos a la espalda se desvanecen, *volavérunt*, ya no están, y ante el vacío sonoro de lo que fue no cabe lamentarse? No soy ninguna ingenua, sabía desde hacía mucho tiempo lo que estaba ocurriendo en Rentería. Pero los sentimientos son indomables, van a lo suyo y, si no los colocamos en su sitio, acaban por imponernos las imágenes del pasado, esa foto fija que se nutre de la estúpida aspiración humana de detener el tiempo.

El viaje desde Mataró transcurrió como en un sueño. Todavía soñaba cuando me encontré en una anochecida y ajetreada plaza Xenpelar. Ni el frío, ni el ruido de los coches, ni las presurosas idas y venidas de la gente pudieron sacarme de mi aturdimiento. Edurne y Javier, los dos amigos con los que había viajado, se fueron a aparcar el coche y yo me quedé allí, al borde de la plaza, sin poder reaccionar ante la idea que empezaba a abrirse paso en mi cabeza: ¡estaba en mi pueblo!

Mi primer paseo fue un incesante sobresalto. Descubrí nuevas calles, nuevas gentes, nuevos comercios, nuevos olores, y mucha, muchísima luz, y me fascinaba la danza de las sombras en las fachadas de las casas, la noche azul sobre nuestras cabezas... De pronto, me entró prisa por encontrarme en los lugares que tanto había frecuentado en otro tiempo y le dije a Edurne (qué paciencia la de esta mujer...) que quería estrenarme con "mi" Tolare. Recuerdo que había un grupo de señoras a la entrada, que me miraron durante breves momentos. No reconocí ninguna cara de las antiguas tertulias y supongo que tampoco ellas me reconocieron a mí. Después vi que el establecimiento había cambiado de decoración y me enteré que también de dueños. Mentalmente anoté la primera pérdida; ya no existía aquel Tolare. Hubo más pérdidas, pero ahora mismo sólo me viene a la cabeza el Lainoa, que se había convertido en la antesala de un centro comercial. (Niessen... Niessen...)

Había caído la noche y, aunque el frío iba en aumento, yo no estaba en condiciones de lamentarme ni de lo uno ni de lo otro; tan sólo me interesaba andar y andar para no perderme ni un rinconcito de aquel puñado de calles. Cenamos en un multitudinario Maite (¡al fin algo que perduraba!) y, al salir, volví a tocarle un poco más las

narices a Edurne y le propuse acercarnos hasta mi antigua casa que, por cierto, también había sido la suya. Unos minutos después ya estábamos plantadas en la acera de enfrente, junto a la floristería Maite, hombro con hombro y mirando la fachada de Viteri 42 como quien mira un grandioso misterio a punto de desvelarse. Sólo duró un instante, pero sé que volví a tener diez años y mi madre se asomó a la ventana llamándome para cenar, que oía a mi perro Bobi ladrando en el balcón... Luego comencé a despertarme de aquel largo sueño que me había tenido atrapada durante nueve años.

¡Qué frío he pasado en Rentería! Aunque, si lo pienso bien, han sido dos, dos fríos de muy distinta naturaleza. Disipar el atmosférico fue fácil: me bastó con ver el Mediterráneo, sonriente y azul, al otro lado de la ventanilla del tren que me devolvía a Mataró. Pero sé muy bien que el otro frío no se irá nunca. Silenciosa y tenazmente se nos va alojando en el espíritu a medida que pasan los años. Este frío no se adquiere, se contrae, porque es secuela inevitable de la enfermedad por antonomasia: la vida. Siempre está alerta, jamás deja de acechar nuestra más mínima flaqueza de ánimo, aunque yo he dado con un buen truco para convivir con él: si lo ignoro, me ignorará. Como a los perros de presa, nunca se le debe mirar a los ojos.

De nuevo la primavera. El Maresme huele a pinos y a sal y un griterío de gaviotas atruena los amaneceres. Hemos estrenado la playa, el calorcito precursor del verano, la cíclica falacia del

renacimiento. Olas largas y delicadas llegan susurrando hasta la arena bajo una luz que crece cada día. Boca arriba, con los ojos cerrados, el mar nos cabe entero en la cabeza y se experimenta una extraordinaria sensación de lejanía, como si no estuviéramos allí, como si no hubiéramos nacido aún. Katta se me ha ido ayer, tal vez hacia el primigenio manantial de todas las luces. A mí me interesa sobremanera la luz aunque no crea en ella. Si buscara al culpable de esta contradicción, sin duda me toparía con mi nihilismo que, día sí, día no, se deja tentar por otras cosas. Al fin y al cabo, estoy en esa edad en que las verdades inamovibles que nos aquejan se desploman al menor "quítame allá esas pajas".

Y puesto que hoy más que nunca toca esperanza, al igual que hacía Juan Ramón con su Platero, le pregunto a esa almita de blancura deslumbrante que se movía a cuatro patas por mi vida:

"Katta, tú nos ves, ¿verdad?... Si nos ves, querida mía, sabrás que el sol sigue viniendo cada mañana a nuestro balcón y se demora sobre tu esterilla esperando que aparezcas ronroneando mimosa. Yo me hago la desentendida, incluso a veces finjo que te busco en el interior de la sala. No sé cuánto tiempo mantendré el engaño. Tengo miedo de contar la verdad porque, si lo hago, lloraré, y no debo llorar. De ninguna manera. Cuando se llora, se acepta y se renuncia. Cuando se llora, se empieza a olvidar, y yo quiero que vivas todo el tiempo que tengan que vivir mis ojos secos."



Floristería Maite.

Foto. J. M. Lacunza